

La transformación de la guerra naval

El dominio absoluto de los mares ya no puede ejercerlo ninguna nación, por poderosa que aparezca su escuadra a flote. Los procedimientos del antiguo sistema de bloques se pueden considerar fracasados. Estas son las lecciones que nos ha dado la guerra actual.

Inglaterra, con su numerosa y fuerte escuadra, limpió en el comienzo de la guerra los mares de buques enemigos. La fuerza de Inglaterra no solo consistía en el número y fuerza de sus buques de guerra, sino en disponer en todas las partes del mundo de puertos fortificados y bases navales hábilmente ocupadas y preparadas durante más de dos centurias con ese sólo objetivo: el de la hegemonía del mundo por el dominio del mar.

Imposible hubiera sido para Alemania, sin previamente haber destruido la gran escuadra inglesa en uno o varios combates, arrebatarle ese dominio. Pero la escuadra alemana, consistente en menos de la mitad de buques y cañones que la inglesa, estaba de todo punto incapacitada para luchar en mar abierto con su adversaria y decidir en una batalla naval a la antigua usanza el dominio del mar, tanto más cuanto que Inglaterra veía aumentada su potencia naval con la de Francia, Rusia y el Japón, y más tarde con la de Italia. Hubiera sido una temeridad imperdonable exponerse al riesgo, casi seguro, de ser completamente destruida ante superioridad tan apastante.

Alemania encerró prudentemente su escuadra en sus puertos del mar del Norte, del Báltico y en el Canal de Kiel, para evitar las consecuencias inevitables de su falta de potencialidad. Estas consecuencias fueron en la pérdida de sus colonias en Asia y en Africa, en la interrupción de su extenso tráfico marítimo por el estrecho bloqueo de sus puertos, que ayudó, en un instante, su renacimiento comercial con el resto del mundo.

Forzada a luchar con sus propios recursos, se consideró fácil su vencimiento por desgaste, y hasta se computó en tres años el plazo indispensable para su aniquilamiento, estimando como cantidad despreciable la fuerza de su escuadra, reducida por impotencia a una pasividad bochornosa.

Basada en tal procedimiento, la política militar de la «Entente» se dedicó a cercar por tierra a los Imperios centrales. La intervención de Italia y de Rumanía no tuvo otro objeto, y el cerco cerrado se habría terminado con el establecimiento de un gobierno en Bulgaria si hubiera decidido

do a su favor. Pero esto tuvo, en la guerra continental, el mayor fracaso de los propósitos de los aliados, así como en la guerra naval y en el bloqueo marítimo las minas submarinas y los sumergibles, con su gran radio de acción, han venido a inutilizar en gran parte los efectos del poderío naval de Inglaterra para esa política militar del desgaste como medio de vencer a Alemania.

Las minas han hecho imposible la aproximación de la escuadra inglesa a las costas alemanas del mar del Norte y su entrada en aguas del Báltico, como por igual causa fracasó también su intento de forzar el paso de los Dardanelos. En este concepto, la escuadra inglesa se halla hoy obligada a la misma pasividad casi absoluta a que obligó en un principio a la escuadra alemana, la cual, sin embargo, en el Báltico tiene ahora completa facilidad de movimientos, hasta el punto de haber caído de sorpresa sobre una división de la escuadra inglesa en Skagorak, y desde el mar del Norte está incesantemente haciendo incursiones sobre las costas británicas y el Canal de la Mancha.

Salta a la vista que la conducta de la escuadra alemana ha tenido y tiene que estar sujeta a las condiciones político-estratégicas de la situación geográfica del teatro de la guerra. Una escuadra moderna sólo puede permanecer un tiempo limitado alejada de sus bases navales, y fuera del Báltico y del mar del Norte carece Alemania de bases. Sólo en ambos mares puede actuar, y, con efecto, así lo hace. En el Báltico campa por sus respetos, y su supremacía en dicho mar es incontestable, sin que Rusia, a pesar de todos sus esfuerzos, haya podido quebrantarla.

En el mar del Norte ya estamos viendo que de ningún modo ejerce la escuadra inglesa la supremacía de que se jacta, pues no ha podido evitar que las fuerzas navales alemanas hayan llegado hasta las costas inglesas, bombardeando puertos, apresando buques en las mismas bocas de los ríos, incluso del Támesis, y colocado minas que han destruido acorazados y buques de transportes, como, por ejemplo, aquel en que pereció lord Kitchener.

La política naval de Alemania tiene que fundarse en ocasionar el mayor debilitamiento de las fuerzas navales enemigas a costa del menor debilitamiento de las suyas, o sea en la conservación y aun incremento de su poder naval y en el desgaste de la del adversario. A ese objetivo obedecen las incursiones y los combates provocados por sorpresa, en condiciones favorables de vigilancia por medio de los dirigibles, para eludir todo encuen-

tro con fuerzas superiores, cosa que de algún tiempo a esta parte vienen realizando con todo éxito las fuerzas navales germánicas.

La escuadra alemana, adiestrada por la guerra y sus experiencias, tiene aún que decir su última palabra, y en este concepto acaso hemos de recibir todavía mayores sorpresas de las que ya se nos han presentado en la actual guerra naval, las cuales ya están transformando su estrategia y su táctica.

De todos modos, la escuadra alemana ya constituye un gran motivo de temor para Inglaterra, pues, efectivamente, se está viendo que su escuadra, deliberadamente, evita llegar a una batalla decisiva con la alemana, a pesar de la inferioridad de ésta.

Por otra parte, si Inglaterra ha hecho sufrir a Alemania los dañosos efectos de su bloqueo marítimo no son menores los que Alemania a su vez le inflige con el bloqueo submarino, que está costando a Inglaterra la pérdida de un tanto por ciento, ya considerable, del tonelaje de su Marina comercial, con las naturales consecuencias de la carestía de la vida, también ya bastante sensible, como para producir malestar en la población de las islas británicas.

Ese tanto por ciento de pérdida de tonelaje no debe calcularse sobre el total de la Marina mercante inglesa al comienzo de la guerra, sino en el parcial de buques de dos a tres mil toneladas en adelante, que son los que los submarinos alemanes torpedean y constituyen la navegación de altura inglesa que transporta víveres y recursos para la vida en Inglaterra, que tanto depende de esa importación.

Si el poder naval fuese hoy tan absoluto y eficaz para las naciones como lo era hace medio siglo, habría hecho imposible el contrabloqueo que Alemania impone a sus adversarios. Esta ha sido la virtualidad del sumergible, que ha surgido en condiciones tales que su persecución y destrucción se hace muy difícil, sino imposible, con los antiguos elementos de material naval a flote de que todavía se componen las escuadras.

El poderío naval ejercido por esa clase de escuadras es ya muy relativo, desde el momento que tienen que permanecer inactivas, sin poder arriesgarse en mares y pasos defendidos por minas, ni tampoco evitar que crucen los mares torpedeando y comerciando los nuevos buques que pueden sumergirse.

Las leyes del Derecho internacional no se puede tampoco aplicar a elementos navales tan completamente distintos por su estructura y modo de navegar de aquellos para los cuales fueron acordadas.

Hoy casi todos los buques mercantes de las naciones aliadas van armados con cañones, para defenderse de los submarinos, y por tal armamento debieran ser considerados como de guerra, para los efectos del Derecho internacional, en los puertos neutrales. Sin embargo en ninguno de ellos se les ha aplicado la ley porque hubiera sido paralizar el comercio del mundo, e inferir un daño de gran cuantía a esas mismas naciones beligerantes que se revuelven contra los submarinos.

Del mismo modo, tampoco pueden considerarse como piratas cual pretenden los aliados, a los submarinos alemanes que persiguen y destruyen los buques que conducen contrabando de guerra, toda vez que ni por su especial estructura ni condiciones para navegar pueden cumplir los requisitos que exigían las antiguas y ahora inaplicables leyes del Derecho internacional.

Tal es el efecto producido por la evolución de la guerra marítima, y hay que rendirse a la evidencia de su acción trastornadora de los métodos y conceptos antiguos, siendo ya imposible hacerlos subsistir en el nuevo medio que por diversificación del material flotante se ha creado en la guerra naval.

Y como decíamos en un principio, esa evolución está ya determinando que ninguna nación, por sí sola, puede, ya ejercer, como ocurría en el pasado, el absoluto dominio de los mares.

NAUTILUS

Reyes y Reyes

Nació Alejandro: su potente lanza al ronco grito de incesante guerra cubrió de luto y ruinas y matanzas, cuando del Asia en extensión se extendió.

Murió Alejandro: y a su gran pujanza estrecha fosa concedió la tierra y él, y su lanza, y su poder temido, se hundieron en la sima del olvido.

Cruzaron el espacio en rápido vuelo las Águilas que Roma ostentó un día, cuando cobija el anchuroso cielo, sintió de su poder la tiranía.

Mas tembló Roma y desplomóse a tierra se escuchó el estertor de su agonía y se esparcieron sus restos funerales del Septentrión los reinos venturosos. Todo desapareció tan sólo un trazo, de cien edades sobre el polvo insano, resiste inmóvil al infernal orzobón y a los rudos combates de la guerra crece su gloria al par que se abandona más es que el mundo y que sus fatias a sus pies veinte siglos han pasado, y sigue el Rey y sigue su reinado.

J. ANTONIO S. S.